

## CAPITULO XL

### La literatura médica y las obras atribuidas á Hipócrates.

No son únicamente las brillantes producciones poéticas, históricas, oratorias y filosóficas las que dan testimonio de las superiores dotes del pueblo griego: con igual fuerza, y en época bien temprana, reveláronse también sus maravillosas aptitudes en otros ramos del saber humano. Si las obras médicas que constituyen la colección sin duda más importante, si bien no la más extensa, de la antigüedad, son del autor cuyo nombre llevan, debieron ser escritas á fines del siglo v ó principios del iv antes de nuestra Era. Y sin que aquí tratemos de prejuzgar la cuestión de si hay fundamento bastante para atribuir á estas producciones tan remota fecha, no será inoportuno enlazar inmediatamente su estudio, que, como haremos ver, tiene perfecta cabida en una Historia de la Literatura griega, con el del filósofo de que acabamos de hablar, contemporáneo de Hipócrates, y á quien por otra parte la tradición ha relacionado bajo diversos aspectos con el célebre médico.

Tal vez al observador superficial pueda parecer explicable la llaneza, mezcla de protección y de lástima, con que hoy en día se juzga á veces lo que la antigüedad hizo en materia de investigación científica <sup>1)</sup>. Pero cuanto más fundado sea el orgullo con que contemplemos los maravillosos resultados obtenidos por los continuos progresos de la investigación científica en nuestros días, tanto menos debemos olvidar que, como con admirable previsión dijo Aristóteles, en los dominios de la ciencia el tiempo es inventor y colaborador excelente <sup>2)</sup>. Siendo siempre el punto de

<sup>1)</sup> Tal es el punto de vista que adopta, por ejemplo, el inglés G. H. Lewes en su obra sobre Aristóteles, publicada en alemán en Leipzig, 1865.

<sup>2)</sup> *Ética Nicomaquea*, I, 7 p. 1098, a 22: δόξειε δ' ἂν παντός εἶναι προαγαγεῖν καὶ διαρρῶσαι τὰ καλῶς ἔχοντα τῇ περιγραφῇ, καὶ ὁ χρόνος τῶν τοιούτων εὐρετῆς ἢ σύνεργος ἀγαθός εἶναι.

partida para toda observación y descubrimiento, una verdad científica perfectamente conocida, es natural que las verdades se enlacen y relacionen unas con otras como los diferentes eslabones de una cadena. Á medida que va siendo mayor el número de observaciones y más rico el caudal de los experimentos, van perfeccionándose los medios que han de hacer posibles descubrimientos nuevos. Aunque parezca ocioso tratar de investigar ahora á qué altura hubieran llegado los griegos si hubiesen podido disponer de los medios que hoy no sólo facilitan sus observaciones á médicos, astrónomos y naturalistas, sino que les prestan garantías de seguridad, es evidente que si se reflexiona que los antiguos lanzáronse, por decirlo así, con los ojos vendados, á resolver problemas científicos, más bien que mirarlos con desprecio, debiéramos admirar los resultados que alcanzaron.

Tenían los griegos una pronunciada tendencia á la especulación. Es indudable, sin embargo, que las tentativas por pasar inmediatamente de la percepción de determinados hechos y fenómenos, á la explicación de los mismos, fueron muchas veces prematuras y que por esta causa no tuvieron éxito. Pero esta necesidad de elevarse de lo particular á lo general, nos explica el por qué ellos no se contentaron, como otros pueblos, con un saber puramente empírico, sino que á pesar de todas sus deficiencias y errores, siempre se remontaron á una concepción verdaderamente científica. Por más que su método fuese imperfecto, era ya un importante progreso el haber llegado á adoptar un método determinado; y sólo así era posible que trasmitiesen á la posteridad una serie de teorías científicas, que en parte han prevalecido hasta el comienzo de la época moderna.

Independiente en absoluto de esta superioridad científica que distingue á los griegos entre todos los pueblos cultos de la antigüedad, es la cuestión acerca de la prioridad de ciertos descubrimientos. Mucho antes del tiempo á que podemos remontarnos en busca de los primeros orígenes de la civilización helénica, habíanse hecho en el Oriente observaciones astronómicas, y por medio de éstas habíanse consignado como verdades inconcusas, hechos importantes. Asimismo la Medicina también alcanzó cierto desarrollo entre los egipcios, por ejemplo, mucho antes que entre los griegos, y de esta suerte tal vez pudo ser importado á Grecia un gran caudal de conocimientos y experiencias. Pero lejos de contentarse, como lo hicieron los romanos, con utilizar

prácticamente este caudal, no sólo lo aumentaron en la medida de sus fuerzas, sino que ante todo procuraron poner en relación unos hechos con otros, para así poder llegar á darse fácil explicación de los mismos.

No puede determinarse con precisión en qué época se hicieron los primeros ensayos de este género, en el campo de la Medicina. Se pretende que la Colección de obras médicas, algunas bastante extensas, que hemos mencionado, data aproximadamente del tiempo en que aparecieron las primeras producciones en prosa. No sólo no consisten estas obras en meras anotaciones ó apuntes como los que pudieron inspirar las necesidades de la práctica, y que más tarde prodigó la misma antigüedad, si no que aparece en ellas la Medicina como ciencia ya muy desarrollada, y, lo que es todavía más notable, en la que se advierten diversas tendencias; lo cual, bien mirado, presupone no sólo diversidad de origen en aquellos escritos, sino también un grado de desarrollo alcanzado en época muy anterior. De acuerdo con este hecho se halla también el de que, si por una parte en la época á que la mayoría de estas obras corresponde, ya la Medicina había tenido su historiador <sup>1)</sup>, por otra cierto escritor no vacila en afirmar de esta ciencia, que había llegado ya á donde en último resultado podía llegar <sup>2)</sup>. Por más extraña que semejante afirmación pueda parecernos, la posteridad, sin embargo, vino á justificarla, por cuanto estas antiquísimas producciones son las más importantes que los antiguos produjeron en este ramo: fenómeno que por lo demás no es único en la historia.

Florecimiento tan repentino como este, supone necesariamente un largo período de lento desenvolvimiento. Para mejor comprenderlo, tal vez no será supérfluo exponer á grandes rasgos el modo cómo, con el transcurso del tiempo, adquirió la Medicina la importancia con que aparece en el siglo V antes de nuestra Era, y que de seguro había alcanzado largo tiempo atrás.

<sup>1)</sup> En la obra *περί ἀρχαίας ἰητρικῆς*.

<sup>2)</sup> Véase la obra atribuida á Hipócrates: *περί τόπων τῶν κατὰ ἄνθρωπον*, c. 46, t. 6, p. 342 de la edic. de Littré: *ἰητρικὴ δὲ μοι δοκεῖ ἤδη ἀνευρησθαι ὅλη, ἥτις οὕτως ἔχει, ἥτις διδάσκει ἕκαστα καὶ τὰ ἔθεα καὶ τοὺς καιροὺς, y además: βέβηκε γὰρ ἰητρικὴ πᾶσα, καὶ φαίνεται τῶν σοφισμάτων τὰ κάλλιστα ἐν αὐτῇ συγκείμενα ἐλάχιστα τυγχῆναι δεῖσθαι. En este punto se expresa muy razonablemente el autor del ya mencionado escrito *περί ἀρχαίας ἰητρικῆς*, cuyo segundo capítulo debe verse.*

Ya en los poemas homéricos, espejo fiel de la primitiva civilización del pueblo griego, aparece la Medicina como un arte en cuyo ejercicio, y á pesar de que acababa de salir de la infancia <sup>1)</sup>, habían adquirido ya muchos gran renombre. Como Peon presta socorro á los dioses con sus medicamentos <sup>2)</sup>, así Podalirio y Macon están al lado de los griegos para salvar sus vidas ó aliviar sus dolores. Los ἄνδρες ἰητῆρες, que es como se llamaba á los médicos, gozan en los cantos de Homero de consideración análoga á la que se concedía á los augures y á los poetas inspirados por la divinidad; nadie puede prescindir de su asistencia, y en todas partes tienen asegurada favorable acogida <sup>3)</sup>. Si en general aparece más adelantada la Cirugía, explícalo el carácter de las escenas que en ambos poemas se desarrollan. Por esta misma razón los médicos son también mencionados con más frecuencia en la *Iliada* que en la *Odisea*. Con no menos elogios habla de este arte, el autor de uno de los más antiguos poemas cíclicos <sup>4)</sup>. El saber de los médicos, que, por supuesto, era puramente empírico, se trasmitía por herencia dentro de determinadas familias, de las cuales la más célebre fué la de los Asclepiadas. Según hace notar Platon <sup>5)</sup>, y lo confirma la costumbre general de la antigüedad, los discípulos y colegas de Esculapio, divino protector del arte de curar, eran mirados como sus descendientes naturales. El culto de Esculapio floreció desde remotos tiempos, especialmente en las islas de Cos y de Cnido, cada una de las cuales había erigido un templo en su honor. Ahora bien: esta conexión íntima de la enseñanza y el ejercicio de la Medicina con la religión, que conservaron siempre intacta los antiguos, no tenía otro fundamento que la creencia en que, así como las enfermedades provienen inmediatamente de la divinidad que las envía, así tampoco pueden ser curadas sin el auxilio de la misma divinidad: idea más tarde combatida merced al influjo de la filosofía <sup>6)</sup>, y que en

<sup>1)</sup> Daremberg, *La médecine dans Homère*, Paris, 1865, ha tratado admirablemente esta cuestión. Véase también Welcker, *Kleine Schriften*, vol. 3.

<sup>2)</sup> *Iliada*, 5, versos 401, 899 y 900.

<sup>3)</sup> Véase la *Odisea*, 17, 381.

<sup>4)</sup> Véanse los *Fragm. ep. gr.*, p. 35 de Kinkel, y Welcker, *loc. cit.*, 46 y ss.

<sup>5)</sup> *Republ.*, 10, p. 599, e. Véase la *Iliada*, 4, 219.

<sup>6)</sup> Especialmente en uno de los más notables escritos que corren con el nombre de Hipócrates: *περὶ ἀέρων τόπων καὶ ὑδάτων*, y lo mismo en el *περὶ ἰερῆς νόσου*.

aquella época no podía menos de abrir ancho campo á la superstición. Sería un trabajo muy propio de un historiador de la cultura de la humanidad, escribir la historia de esta superstición y de las diferentes formas en que ha reaparecido en el trascurso de los siglos: por más que los resultados que semejante tarea arrojara respecto al desarrollo é imperio del sentido común en determinadas épocas, habrían de ser poco consoladores. El celo con que en algunas de las obras hipocráticas se trabaja por desterrar tales quimeras, habla tan alto en favor del espíritu que reinaba en el siglo en que dichos escritos aparecieron, como clama en sentido opuesto, la circunstancia de que cinco siglos más tarde rindiera tributo á semejantes extravíos, un médico tan ilustrado como Galeno.

Al lado de estos hechos, cuyos vestigios se descubren hasta en las producciones meramente literarias, realizase aunque con lentitud, el desenvolvimiento de una medicina racional. Investigar á quién cabe la gloria de haber puesto los primeros cimientos de tamaña empresa, es de todo punto imposible. Sin duda alguna los progresos hechos en este sentido debieron limitarse durante largo tiempo á la práctica de dicho arte, cuyos representantes llegaron á reunir, con el tiempo, gran caudal de observaciones consignadas por escrito. La especie de que Hipócrates había quemado las noticias que sobre casos patológicos se conservaban en el templo de Cos, después de haberlas copiado para utilizar sus enseñanzas <sup>1)</sup>, pertenece seguramente al número de aquellas invenciones de que tan pródiga se muestra la antigüedad; puede, no obstante, aducirse como prueba de la existencia, acreditada también por otros medios de memorias ó historias clínicas <sup>2)</sup>, semejantes á las que constituyen el fondo de algunas de las obras que corren con el nombre de Hipócrates, y que, dicho sea de paso, se distinguen tanto por la elegancia y concisión del lenguaje como por la agudeza de las observaciones.

Juntamente con la observación constante, influyó no poco en los progresos de la Medicina, la especulación filosófica. La íntima

<sup>1)</sup> Varron en Plinio, *Hist. nat.*, 29, 2. El autor de una *ιατρικὴ γενεαλογία*, citada en la *Vida de Hipócrates*, p. 450, 17 de la colección de Westermann, refiere la misma historia, consignando, sin embargo, que ocurrió en Cnido. Al mismo tiempo, afirma que á causa de esto Hipócrates fué desterrado.

<sup>2)</sup> Estrabon, 8, p. 374, menciona algunas de ellas, conservadas en el templo de Epidauro.

relación en que ambas se hallaban entre los griegos, la da ya á conocer el hecho de que entre los más antiguos filósofos de la Grecia, se nombran á menudo algunos que eran médicos, ó por lo menos estaban dedicados á estudios fisiológicos: punto sobre el que Aristóteles llama repetidas veces la atención <sup>1)</sup>. Uno de los últimos, fué Diógenes de Apolonia, de cuya obra *Sobre la Naturaleza* (περὶ φύσεως) poseemos un largo fragmento que trata del origen y división de las venas <sup>2)</sup>, y á quien se atribuye la opinión, por tanto tiempo seguida, de que la bilis es la causa determinante de casi todas las enfermedades <sup>3)</sup>. Entre los títulos de las obras atribuidas á Demócrito, hay no pocos relativos á materias médicas: razon por la que es más de sentir que no tengamos detalles más precisos acerca de ellas, ya que Demócrito fué, al parecer, el maestro de Hipócrates, según una tradición á la verdad no más auténtica que la que nos ha transmitido las noticias sobre las mutuas relaciones de estos dos hombres. Son especialmente celebrados los trabajos del pitagórico Alcmeon; en todo caso, es indudable que su ciudad natal era de antiguo conocida por el gran número de médicos notables que de ella habían salido. Allí vivió aquel Democedes que, según testimonio de Heródoto, gozó de gran fama entre sus contemporáneos <sup>4)</sup>. Alcmeon debió ser el primero en consagrarse á investigaciones anatómicas, limitadas, naturalmente, á los animales <sup>5)</sup>. En una obra que llevaba el tan frecuente título de περὶ φύσεως, expuso una serie de ideas fisiológicas de que se han hecho eco Platon y Aristóteles <sup>6)</sup>. Debemos recordar aquí el hecho de haber gozado de especial consideración

<sup>1)</sup> Véase especialmente *De sensu*, I, p. 436, a, 19: διὸ σχεδὸν τῶν τε περὶ φύσεως οἱ πλείστοι καὶ τῶν ἰατρῶν οἱ φιλοσοφωτέρας τὴν τέχνην μετιόντες, οἱ μὲν τελευταῖον εἰς τὰ περὶ ἰατρικῆς, οἱ δ' ἐκ τῶν περὶ φύσεως ἄρχονται περὶ τῆς ἰατρικῆς, palabras repetidas al fin del tratado *De respiratione*.

<sup>2)</sup> Aristóteles, *Hist. anim.*, 3, 2, p. 511, b, 30.

<sup>3)</sup> Ders, *De part. an.*, 4, 2.

<sup>4)</sup> Lib. 3, cap. 125. La noticia que encontramos en el cap. 131, ἐγένετο γὰρ ὧν τοῦτο ὅτε πρῶτοι μὲν Κροτωνιῆται ἰατροὶ ἐλέγοντο ἀνὰ τὴν Ἑλλάδα εἶναι, δευτέρου δὲ Κυρηναῖοι: podría ser muy bien, como acaso sin razones suficientes ha supuesto Stein, una adición posterior, sin que esto autorice á poner en tela de juicio la exactitud del hecho mismo. Es muy extraño que Heródoto no hable de Cos ni de Cnido.

<sup>5)</sup> Calcidio en *Timeo*, c. 244.

<sup>6)</sup> Véase Platon, *Fedon*, p. 96, b. y las observaciones de Hirzel en el *HERMES*, vol. 11, p. 240 y ss.

en Atenas, aun en época muy posterior, médicos de origen dórico: tal prueba de una manera incontestable, un largo fragmento que se ha conservado de la *Mandragorizomena* del poeta Alexis <sup>1)</sup>. También parece que los atenienses solían tener más confianza en los médicos extranjeros, que en los del país.

De las colonias griegas de Occidente era también originario el hombre á quien, si son exactas las noticias que se nos han transmitido, podemos considerar como el autor más antiguo que se conoce de una obra de Higiene: *Acron* de Agrigento. Lo poco que de éste sabemos refiérese á sus relaciones con su compatriota, el filósofo Empédocles, mucho más célebre que aquél <sup>2)</sup>. Un epigrama atribuido unas veces á este filósofo y otras, quizá sin más motivo, á Simónides de Ceos, no es sino un insulto juego de palabras en que desempeña el papel principal el nombre de Acron <sup>3)</sup>. De una anécdota que se lee en Diógenes Laercio <sup>4)</sup>, así como del título de la obra escrita por Acron *Sobre la sana alimentación* (περὶ τροφῆς ὑγιεινῶν), se infiere que se ocupaba en inquirir y formular reglas higiénicas. La tentativa hecha por la secta llamada de los Empíricos, nacida posteriormente, de elevar su origen hasta Acron <sup>5)</sup>, responde sin duda al deseo de atribuir á su doctrina mayor antigüedad que á la de Hipócrates. Y aun revela más claramente la rivalidad de ambas escuelas, la circunstancia de que muchas veces se designe á Acron, en vez de Hipócrates,

<sup>1)</sup> En Ateneo, 14, p. 621, d: ἐὰν ἐπιχώριος ἰατρὸς εἴπῃ «τὸ βέλτιον τοῦτο δόξαι πτισάνης ἕωθεν» καταφρονούμεν εὐδέως· ἂν δὲ «πιτάναν» καὶ «λιδρίον» σαυμάζομεν, καὶ πάλιν ἐὰν μὲν «τευλίον» παρείδομεν, ἐὰν δὲ «σεῦτλον» ἀσμένως ἠκούσαμεν, ὡς οὐ τὸ σεῦτλον ταῦτόν ἐστι τῷ τευλίῳ.

<sup>2)</sup> No es fácil explicar el error de Suidas en la palabra Ἀκρων: ἐσοφίστευσεν ἐν Ἀθήναις ἅμα Ἐμπεδοκλεῖ. Las palabras ἐστὶν οὖν πρεσβύτερος Ἰπποκράτους revelan una intención manifiesta. Sin razon alguna presenta Häser, *Geschichte der Medicin*, vol. 1, p. 78 de la tercera edic., á Acron, como discípulo de Empédocles.

<sup>3)</sup> Diógenes Laercio, 8, 65. *Ibid.*, 61, encontramos un epigrama que se cree compuesto por Empédocles á un médico, amigo suyo, llamado Pausanias.

<sup>4)</sup> *Loc. cit.*, 60. Véase Welcker, *Op. cit.*, p. 62.

<sup>5)</sup> Plinio, *Hist. nat.*, 29, 1: *alia factio ab experimentis se cognominans empirice, cepit in Sicilia, Acrone Agrigentino Empedoclis physici auctoritate commendato*. En Galeno, *Isag.*, t. 14, p. 683 de Kühn, se da por infundada esta aserción, y se proclama fundador de la secta empírica á un cierto Filino de Cos.

como autor del consejo de que, para precaverse de la peste que se declaró en Atenas al principio de la guerra del Peloponeso, había que purificar el aire por medio de grandes hogueras <sup>1)</sup>. De Epicarmo, originario también de Sicilia y autor de una obra sobre las virtudes curativas de la col, sólo puede afirmarse que es distinto del poeta que lleva el mismo nombre <sup>2)</sup>.

No mucho más que de estos ingenios, de quienes parece que Plinio el Mayor tuvo noticias más detalladas, se sabe de otros, que, ó precedieron inmediatamente á Hipócrates, ó fueron sus contemporáneos. Entre los últimos se cuenta *Eurifon*, el cual, si no era natural de Cnido, procedía al menos de esta escuela <sup>3)</sup>. Sus escritos debieron conservarse hasta mucho tiempo después de su muerte: por lo menos Galeno trae un fragmento de una de sus obras, aunque sin citar el título <sup>4)</sup>. Mas no hay motivo serio para atribuirle, como se ha pretendido, la obra de la Colección hipocrática *Sobre el régimen higiénico* (περὶ διαίτης ὑγιεινῆς), la cual, según Galeno <sup>5)</sup>, había sido también atribuída á otros autores anteriores á Hipócrates ó contemporáneos suyos. Esto mismo sucede respecto de la parte que se le atribuye en los llamados *Apotegmas de Cnido* (Κνιδίαι γνῶμαι) <sup>6)</sup>. De la respuesta que

<sup>1)</sup> Plutarco, *De Is. et Osir.*, c. 79. Lo mismo refiere Aecio, *Tetrabl.*, I, I, 94, y cita á Acron al lado de Hipócrates. Paul, *Aeg. med.*, 2, 35, habla sólo de Acron, sin mentar á Atenas.

<sup>2)</sup> Plinio, *Hist. nat.*, 20, 9, extr. y 36. Verosimilmente es el mismo siracusano de quien Columella, *De re rustica*, 7, 3, 6, dice: *pecudum medicinam diligentissime conscripsit*. Véase L. Schmidt, *Gött. gel. Anz.*, 1865, p. 936 y 937.

<sup>3)</sup> En la *Vida de Hipócrates*, p. 450, 22, de Westermann, se dice de él que fué enviado, juntamente con el célebre médico, al rey de Macedonia Perdicas. Al mismo tiempo se observa: καὶ ἡλικίαν ἦν πρεσβύτερος αὐτοῦ. Indudablemente se alude á Perdicas II, el cual, según Gutschmid, *Die makedonische Anagraphie* en los *SYMBOL. PHILOL.*, Bonn, p. 107, comenzó á reinar el año 413 a. Chr. Véase además Cael. Aurel., *De morbis acut.*, 3, 17.

<sup>4)</sup> *Comm. in Hippocr. epidem.*, I, t. 17, p. 888. Véase *De simpl. med.*, t. II, p. 795 y *De succed.*, t. 19, p. 721.

<sup>5)</sup> *Comm. in Hippocr. de acutor. morb. victu*, t. 15, p. 455: εἰ γὰρ μὴ Ἴπποκράτους ἐστὶν ἐκεῖνο τὸ βιβλίον, ἀλλ' Εὐρυφώντος, ἢ Φαιώντος, ἢ Φιλιστίωνος, ἢ Ἀριστῶνος, ἢ τινος ἄλλου τῶν παλαιῶν (εἰς πολλοὺς γὰρ ἀναφέρουσι αὐτὸ) πάντες ἐκεῖνο τῶν παλαιῶν ἀνδρῶν εἴσι, ἔνιοι μὲν Ἴπποκράτους πρεσβύτεροι τινὲς δὲ συνημαχότες αὐτῷ. Véase *De diff. resp.*, c. t. 7, p. 960: ὅσα δοκεῖ Εὐρυφώντος εἶναι, φέρονται δ' ἐν ταῖς Ἴπποκράτους.

<sup>6)</sup> *Comm. in Hippocr. epidem.*, t. 17, I, p. 886: εἴρηται γὰρ μὴν ἡ πέμφει κἂν ταῖς Κνιδίαις (en lugar de ἰδίαις) γνῶμαις, ἄς εἰς Εὐρυφώντα τὸν Κνιδίον (en lugar de

se dice dió Eurifon á la pregunta acerca de quién había sido su maestro, diciendo que lo había sido el tiempo, no puede sacarse gran partido <sup>1)</sup>; en cambio, de la celebridad que tuvo entre sus contemporáneos, da testimonio un pasaje del poeta cómico Platon <sup>2)</sup>.

Aunque de lo que acabamos de exponer, se deduce que hubo un tiempo en que los antiguos se inclinaban á creer que en la Colección que lleva el nombre de Hipócrates, hay obras de autores anteriores á éste, difícilmente podremos hoy resolver con seguridad este punto. Mas basta hojear dicha Colección, para advertir que en ella se alude repetidas veces á obras anteriores, y para convencerse de que las llamadas obras de Hipócrates, sólo pudieron ser dadas á luz en una época en que el estudio de la Medicina había hecho ya grandes progresos.

La obra que en primer lugar puede darnos importantes indicaciones acerca de esta materia, es la ya antes mencionada *Sobre la medicina antigua*. Tiene especial interés la opinión en ella expresada, de que los sistemas filosóficos ofrecen base muy insegura para la ciencia médica <sup>3)</sup>, por ser esta idea enteramente distinta de la que informa otras obras, y por haber sido sobre todo adoptada por los que en tiempos posteriores fueron designados con el nombre de «Jatrosófitas».

Tanto interés como esta diferencia, tiene para el conocimiento del desarrollo de los estudios médicos cuanto se relaciona con la enseñanza oral ó escrita del arte de curar <sup>4)</sup>. Bajo este aspecto, los datos más importantes son los que nos suministra la obra conocida con el título de *Furamento hipocrático* (ὄρκος), cuyo origen atribuyen algunos á época más remota. Sorprende desde luego en ella la alta idea que su autor tiene del ejercicio de la medicina, y al mismo tiempo también de la responsabilidad que esta profesión impone. Merecen especial mención los preceptos relativos á la enseñanza de este arte, pues que no sólo revelan el vínculo que

καὶ ἰατρὸν ἀναφέρουσι. En el comienzo de la obra de Hipócrates, *περὶ διαίτης ὀξέων*, t. 2, p. 224, se habla de οἱ συγγράψαντες τὰς Κνιδίας καλεόμενας γνῶμας, y más adelante, c. 3, de οἱ ὕστερον διασκευάσαντες.

<sup>1)</sup> Estobeo, *Ecl. phys.*, 8, 40.

<sup>2)</sup> Galeno, *In Hippocr. aphorism.*, 7, 44, t. 18, I, p. 149.

<sup>3)</sup> *Loc. cit.*

<sup>4)</sup> *Loc. cit.*, c. I, t. I, p. 571: δόκοι ἐπεχείρησαν περὶ ἱατρικῆς λέγειν ἢ γράφειν.